

Índice

Introducción	11
No hay Juan sin miedo	17
Mata a Campanilla y envejece conmigo	33
Traiciones de hada madrina	39
Rinoplastia para mentirosas: la plantada que nunca estuvo allí	47
Una supernanny para Peter Pan.....	55
Aquelarre en el país de las hadas	67
Una noche de sexo con el capitán Garfio	77
Lifting de la manzana envenenada	95
Espejito, espejito maltratador.....	107
Barbarella y los siete cachitas	119
Pilates para Bellas Yacentes	133
El zapato de cristal y el cambio horario	143
Colorín colorado. Epílogo	157
Agradecimientos.....	161

Introducción

Mujeres urbanas, madres trabajadoras, solteras ciclotímicas y adolescentes en erupción. En el siglo XXI todas estas mujeres comparten un paso evolutivo que Darwin describiría como la lógica selección natural a través de la supervivencia en la lucha por la vida. Este nuevo milagro en la especie alcanza su cumbre el día en el que la mujer, en una doble pirueta y salto mortal, deja de querer ser la princesa para convertirse en la madrastra. El momento en el que desea un cambio de rol en el cuento popular. Sin medias tintas. De la buena a la mala. Una mujer despojada de debilidades exteriores y colores pastel.

¿Quién querría ser una sosa al cuidado de siete enanitos (mineros y cantarines) pudiendo tener el tipazo de su madrastra gótica?

¿Serías obediente y llegarías a casa antes de las doce?

¿Te gustaría perder los taconazos en una carrera de lo menos elegante en pos de alcanzar la calabaza tuneada del clan de los ratas?

¿Elegiría alguna mujer morirse de miedo en el bosque, encima cargada con la compra (¡vaya cuadro!), pudiendo aullar entre las garras de un lobo? (En esta fantasía ha tenido mucho que ver la encarnación de Lobezno, o sea, Hugh Jackman).

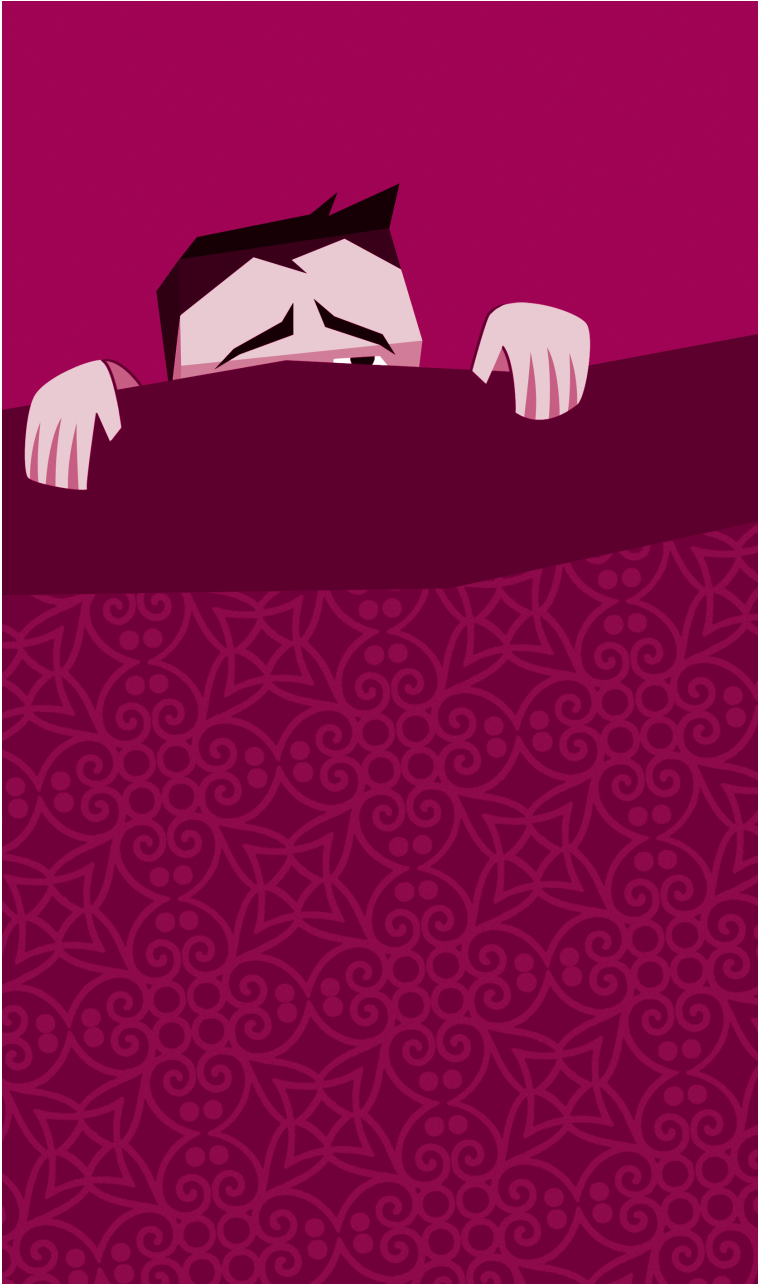
¿Aguantarías a un pesado-eterno-adolescente que siempre está pegando brincos y no se puede separar de esa amiga —que tú sospechas más que amiga— llamada Campanilla? (¿Lo de campanilla será un cariñito o un nombre de guerra en plena práctica de sexo oral?).

¿Sabes lo mal que podrías quedar si te pasas durmiendo cien años rodeada de todos los de tu pueblo? (Imagina tu probable halitosis al despertar de un primer beso. Lamentable).

Realmente ¿lograríamos entender ahora el sacrificio de una mujer mitad pez mitad Miss Benidorm por no herir al hombre que acaba de rechazarla y casarse con otra?

Ya está bien de historias malintencionadas. ¡Qué jeta tenían los Grimm, Andersen y Perrault! ¡Cuentistas, más que cuentistas! Ni zapatos de cristal, ni polvos mágicos, ni espejos sinceros. Unos buenos Manolos, polvazos de verdad y elixires de la eterna juventud. Su encantamiento a través del relato no ha aguantado esta sobrecarga de realidad, pragmatismo y estrés. No hay vuelta atrás. Aunque en un momento de debilidad intentáramos hacer el ejercicio compasivo de adaptar el cuento a nuestro tiempo, no funcionaría. No saldrían ni el cuento ni las cuentas. Te pongas como te pongas, los coches blancos

son una horterada y un rubio vestido de azul celeste de arriba abajo también. Córtate las trenzas, tira la banda de miss al mar, regala manzanas para dormir a la competencia, fúgate con el lobo y date un baño de espuma con él. Recuerda: mientras las princesas duermen, las brujas vuelan.



No hay Juan sin miedo

«... Cuando su padre le preguntó qué oficio quería aprender para ganarse la vida, Juan respondió: quiero aprender a tener miedo».

La foto social nos confunde. En ella creemos adivinar muchos Don Juan de toda la vida y muchos Juan sin miedo. Pero el cuento está que arde. No se sostiene.

¿Era Don Juan un Juan sin miedo?

¿O son ambos parte de un mismo ente erecto?

Lo sean o no, el rol de Don Juan y sus derivaciones son cada vez menos verosímiles tal y como están las cosas. La lógica nos lleva a pensar que ciertas especies del género animal social deberían desaparecer, como todas las que no se adaptaron en un entendido y asimilado proceso de selección natural. Estos procesos no son rápidos, porque que te desaparezca una aleta, pases a andar a dos patas o se disuelva el término *chatina* lleva su tiempo. Es probable que nosotros no vivamos lo suficiente para despedir al último Don Juan pero todo apunta a que sucederá.

Cuando eres una niña, pasas muchos ratos imaginando cómo serás de mayor. Haces cuentas. *En el año 2013 tendré 40 años. En el año 2053 estaré muerta. En el año 2060 desaparecerá el último Don Juan.* La proliferación del Don Juan o Juan sin miedo o su híbrido Don Juan sin miedo empieza a dar señales de debilidad alarmantes al igual que la calidad del esperma. Y una cosa no ha llevado a la otra, aunque la coincidencia venga al pelo. El Juanismo se debilita como las teorías que cierran los altos despachos a las mujeres o mantienen la desigualdad en los salarios. El mismo sinsentido discurre hacia el mismo desagüe.

De esta vida sacarás lo que metas nada más. A las seis de la mañana si no estás quitando los peluches de la cama eres un mierda. Quien habla en estos términos entiende el ligoteo y la conquista como un deporte. *Hay que dejar una muesca debajo de la cama, chicos. Código rojo: el pájaro está en el nido.* Posiblemente dentro de unas décadas se observará esta conducta como ahora vemos a José Luis López Vázquez en calzoncillos detrás de una sueca en picardías, con cierto estupor y encogimiento del área genital. Puede que ocurra y puede que no, pero los vientos que soplan no son favorables. Cada vez llegan menos pájaras engañadas al nido. Será porque los movimientos migratorios han cambiado. Será por el cambio climático o climáctico.

Hay menos Don Juan «me lo como todo» porque las reglas del juego ya no son las mismas. Podríamos incluso aventurar que en las ciudades ya no queda ni un

Juan sin miedo. En la evolución de las mujeres ha muerto su título. Están y se sienten perdidos. Tienen miedo. Pero ¿a qué se debe este fenómeno? Pues en parte a que, probablemente, las mujeres también están más perdidas de lo que reconocen.

Para entender este universo de confusión y futuro impredecible del ligoteo, lo mejor es contar con una muestra. Tres hombres que acceden a tomarse unas cervezas, a hablar de chicas, maneras de ligar, incompreensión, patetismo y triunfo. Pero sobre todo tres hombres y sus reacciones ante lo desconocido, ante el discurso y la descripción de la contraria: una mujer. Los tres elegidos no son muchos, eso es cierto, pero parecen muy distintos y por eso el material puede ser significativo. El margen de error de la muestra debe ser apabullante e invalidaría, seguro, el resultado ante cualquier tribunal. Pero esto no es un estudio científico ni lo quiere ser y estos tres saben más de lo que dicen. Saben lo que callan.

Un gran porcentaje de lo que conocemos como el hombre heterosexual, lo que sería el antiguo Juan sin miedo evolucionado, está entre dos aguas. Debe andar con pies de plomo para enterarse de algo. Los códigos son distintos y ahora mismo es más difícil saber de qué va una chica que captar mensajes cifrados militares. Hay quien opta por seguir la estrategia de toda la vida. Esa de una de cal y una de arena. Vamos, que le falta llevar al lado a Arturo Fernández. Un clásico del ven pacá. Sus posibilidades de éxito son escasas o nulas. Despojos de Don Juan. Nunca codearse con animales en extinción.

Lo cierto es que, en este momento, hay pocas estrategias que valgan porque vivimos un grave problema de comunicación. Imagina dos barcos en medio del mar. Ambos con su surtido de banderines marítimos y dos códigos de señales navales distintos. Y las tripulaciones convencidas de que manejan los mismos. Y ahí estás tú, en plan Locomía pero con las banderolas. Hecha un flan. Cero armoniosa y algo descoyuntada, señalas que necesitas ayuda urgente. Y el otro entiende que estás en cuarentena. Tú agitas los banderines como una histérica y él llama a su amigo, el guardacostas, para que venga con los salvavidas.

Sin lenguaje común no hay entendimiento.

Ven al abordaje, marinero. Y él responde: *Retirada.*

A la falta de sincronía hay que añadir que el que no entiende piensa en todo momento que lee las señales correctamente, lo que acrecienta aún más la incomunicación. Lo que podemos definir como Ver lo que no existe o Espejismos en el mar.

Ésa está claro que quiere rollo y además con la amiga.

Y tú by SMS: *María, sálvame y sácame de aquí.*

Es necesario reseñar los casos de extrema gravedad. Esos en los que la comunicación no encuentra ni una sola vía. Las conocidas guerras perdidas del ligoteo. Por ejemplo: es un hecho que la incomprensión se hace absolutamente insalvable cuando te tocan un hombre tímido o un paná. Un paná es casi, casi lo peor porque en un principio engaña. Tú piensas que merece tu tiempo

y resulta que es un paná. Sin embargo, el hombre tímido es, además de eso, desesperante. Su timidez se convierte en una niebla permanente y ya puedes estar tú enfrente haciendo el pino sin bragas, usando la falda de banderola, que no se entera.

La negativa y el error pueden entrar dentro de los planes pero no la desesperación, porque ésa se paga el día después. No le des más vueltas. Era un paná aunque no lo parecía. O era un tímido y ya está. No tienes la culpa. Un error de cálculo lo tiene cualquiera. Y ahora baja del pino que se te está poniendo la cara morada y ya te ha visto las bragas todo el barco.

Los hombres de la consulta, que son tres, ante esta primera descripción, asienten. Es verdad. Están perdidos y a eso hay que añadir que acaban de oír la palabra braga y no saben por qué. Están, por tanto, también desconcertados.

Alguno puede que sea tímido pero ninguno es un paná porque un paná ni siquiera reaccionaría. Aunque todavía hay que descartar que pertenezcan al peor de los supuestos en la franja de la incomprensión, el peor de los peores: el atormentao.

El más vacío de los silencios llegará a tu alma de su mano. Al principio te parecerá lo más porque habla bajito y como para dentro y porque escucha grupos que tú nunca has oído y ha visto tres pelis búlgaras en las últimas dos semanas. Huye y corre como alma que lleva el diablo, que la lleva y es él. Si un atormentao se hace hueco en ti, te hará pagar todo su dolor con creces. Ven-

gará en ti el rencor que una tía lista le dejó. Te destrozaré, te chuparé la energía, te hará ser gris, triste, ma-lentendida bohemia, cultureta de poca monta, esnob de chancleta. Un atormentao es un castigo e Iker Jiménez está aún por averiguar quién nos lo manda. Ni hombres de negro ni nada, un atormentao, ése sí que es un chupa almas.

Los tres hombres de la muestra guardan silencio aliviados porque no se reconocen en este último patrón. No les gusta el cine búlgaro y escuchan Los 40. Hay un timidillo que empieza a sentir el vértigo de la confrontación, pero no parece sufrir tormentos en general. Gracias. Nubarrones, no, por favor.

La incomprensión que está destrozando el ligoteo arranca en el primer momento tú a tú. El hombre y la mujer ya no hablan como antes en el rito de la presentación y su posterior despliegue. No hay reglas, no hay un presumible cortejo, hay que improvisar. Eso es estu-pendo pero también es mucho más difícil. Ya no existe una fórmula mágica que valga para todo. Carpe diem. Sí, pero de boquilla. Las mujeres están mutando y eso las convierte en unos seres aun más imprevisibles de lo ge-néticamente estipulado. Incluso para ellas.

Los hombres de la consulta han reconocido estar perdidos, pero no podrían reconocer que están, en general, acojonaos porque no saben ni por dónde les vienen. En esta transición fallan muchas cosas, más que fallar, no encajan, y sería idiota pensar que ellos son los únicos cul-pables como sería un error concluir que en este cambio

de estrategias, de patrones y roles la mujer sale ganando. Porque si es cierto que la mujer lo tiene tan claro y es ahora ella la que selecciona ¿por qué nunca encuentra lo que quiere?

Uno de ellos, animado por la euforia y la complicidad del abrazo verbal, añade: *Antes me daba más miedo hablar con una mujer que pelearme*. No se atreve a hablar en presente pero ha sido muy valiente al reconocerlo. Le sudan las manos. Uno de sus compañeros añade sin sentido y en un tono elevado: *Porque la frase «esa tía es una zorra» siempre la dice una mujer. ¿O no? Ya estamos. Mierda. No hay forma. En cuanto se produce la aproximación arranca la competición. Es un resorte insalvable. Mujer que cede, mujer que entiende, hombre perdido, hombre que salta al cuello, mujer que se defiende, mujer convertida en tertuliana verdulera, hombre que manda a tomar por culo, amigos que arengan, mujer que vuelve a maldecir el género masculino...*

Como esto es una muestra, no sería inteligente dar rienda suelta a los animales que llevamos dentro. Esta reacción también es interesante. Tomad nota.

Para distraer la atención y relajar el ambiente lo mejor es contar un cuento. La camarera del bar sirve cuatro cervezas más y nos deja caer una perla. *Si te tiene que tocar un cabrón que sea uno bueno, es decir, malo de verdad para no volver a pasar por lo mismo. Para no aguantar nunca más. El problema es que hay muchos y, a veces, son difíciles de distinguir. En cualquier caso es mejor encontrarse con el peor a la primera*. Mientras lo

dice se le encoge la garganta y aparta los ojos. No es una cotilla. No quiere pelea. Sólo terapia. Se va.

Un buen remedio para romper un momento dramático (cabrones) después de un primer momento de tensión (zorras) — ¡qué estrés! — es hablar de prostíbulos y chicos jóvenes. Es decir «putas» y la imaginación cual neurona afectada por las drogas empieza a desbordarse, como a derramarse sin sentido, entre flashes de neón, pezones brillantes y dientes barnizados, unidos por hilos de pegamento. Por cierto, los hombres de la consulta rondan los 30 años. Por dar datos de la muestra.

¿Por qué cada vez hay más grupos de chicos guapísimos que pueden ligar, coquetear y enrollarse con cualquiera y se van de putas? ¿Qué hacen allí pagando 200 euros por un mero sobeteo? ¿Por qué está de moda? Frédéric Beigbeder, en su libro *13,99*, dice: «Las dos grandes virtudes de las putas es que son hermosas y no te pertenecen» y «Un prostíbulo es el único lugar falso en el que el hombre, por fin, es auténtico, débil, hermoso y frágil».

Por su parte, nuestros tres hombres no contestan. Dicen que no saben. Será mejor centrarse en el ligoteo clásico (capítulo 1): el difícil camino del propicio primer contacto físico. El momento de la decisión: el primer beso. Los hombres de la muestra enuncian algunos de los trucos más simples y efectivos:

— Contar siempre con escenarios propicios: coche o portal (dos clásicos) siempre que el garito no haya sido un buen catalizador.

—Si no hay posibilidades reales de éxito, lo mejor es hacer uso de la impunidad de la noche. De día, en un primer encuentro, las opciones de robar un beso a una desconocida se reducen mucho.

—Si estos dos primeros consejos están claros, lo mejor es recurrir a la trampa del acompañamiento. *Te acompaño porque hay lobos*. ¡Ja! Caperucita y Juan sin miedo de la mano de portal en portal. Sentados en el coche. Él con las garras afiladas y ella de rojo jugando con la capucha *Si es que van pidiendo guerra, hostias*.

—Una vez que el entorno facilita el acercamiento, hay que aproximarse hasta completar tres cuartas partes de la distancia inicial entre ambos. Esperar a que ella dé el golpe final. En caso de que no ocurra nada en los siguientes tres segundos, volver a la posición despacio, sin aspavientos y, sobre todo, sin bajar la vista.

—Si la situación no está tan clara, hacer uso de la manida combinación: silencio y mirada. Uno puede llevar a la otra o viceversa. Es la menos arriesgada. El sujeto no pierde, pero si gana tampoco gana mucho. Habrá sido poco valiente.

—En caso de que el aventurero sea un total kamikaze o esté ciertamente desinhibido puede encontrarse con la respuesta más dura: la cobra. Movimiento rápido y reflejo de la cabeza de la víctima hacia atrás. Latigazo de cervicales. Como si fuera montada en un taxi y le hubiera sorprendido el frenazo.

Lo mejor, que a la mañana siguiente no te acuerdes. Eso, por ladrón de besos.

Si lo que los hombres de la muestra cuentan es cierto, parece que las noches empiezan igual que antes pero terminan de distinta forma. Todavía hoy un treintañero puede sentirse ofendidísimo porque una chica, después de acostarse con él, lo eche de su cama alegando que prefiere dormir sola. Es verdad que algunas lo hacen porque, realmente, no soportan dormir con alguien. Otras porque creen que hacerle un hueco en la cama es hacerle hueco en otro sitio. Otras por hacerse las duras y provocar la reacción. Y las últimas porque ya está bien, por devolverla, por haberlo pasado.

Es conocido el engaño del puchero. Una amante despiadada que hace uso de su agenda cada domingo. Suele llamar y decir *Vente para acá que he hecho un cocido*. El estómago de la víctima lo lleva hasta la puerta y allí ella, desde su cocina francesa, se abalanza sobre él y lo devora. Cuando termina, no falla. Es echar un polvo y el tipo se va de cabeza al sofá. Ella, a su vez, lo invita a abandonar el hogar con un *pa tu casa*. Algunas veces ni siendo extremadamente arisca lo consigue y entonces se viste y grita desde su habitación *Vámonos, he quedado*. Ya en la calle se despide y siempre camina en dirección contraria a la de él. Da la vuelta a la manzana y regresa directamente a su casa. Cuando él llega a la suya, suele percatarse de que ni siquiera ha probado el cocido.

El día después de un primer rollo es, sin duda, el más difícil. No tiene nada que ver con la valentía. No tiene nada que ver con la inteligencia. No tiene nada que ver con las hormonas. Tiene que ver con lo que te acon-

sejen los demás. Y por eso, fundamentalmente, hagas lo que hagas suele ser un error. Los hombres de la consulta tienen claro qué hay que hacer. Lo que no tienen tan claro es cómo y cuántas veces.

— Teoría de la llamada única: sólo hay que dar una oportunidad. Insistir no tiene sentido. La que no quiere a la primera no querrá.

— Teoría de la segunda llamada o «llamada por intentarlo»: en la primera quizá pudo imponerse el factor sorpresa y no dejar ver realmente el interés de ella. Quizá en esta segunda ocasión se abra un hueco. (Improbable).

— Teoría de la tercera llamada o «llamada a la desesperada»: sin fuerzas para asumir la realidad el incauto se deja llevar por el impulso fratricida de despertar en ella aunque sea la compasión. (Nunca).

— Teoría de la cuarta llamada o «llamada del casino»: ninguna mujer merece recibir esta llamada pero tampoco ningún hombre merece pasar por este momento trágico y patético para soportar un cuarto NO. Si te lo ha aconsejado un amigo es porque le mola la chica.

También es un día difícil para el receptor. ¿Cómo contestar a la llamada del día después? ¿Qué hacer si, por sorpresa, aparece en tu móvil un SMS románticón? ¿Cómo no hacer daño y a la vez no dar ni una mijita de esperanza? ¿Colgar? ¿Responder secamente? ¿*Quién dices que eres? ¿Javier o Juan?*

Hay hombres insistentes, los del cortejo al estilo derrumbe, abordaje, a por todas. Hay quien disfruta

viendo a un hombre con sus huestes, preparado para darlo todo, y sabiendo que nunca conseguirá nada. Eso es cruel. Pero hay que hacerlo alguna vez. Es como hacer una mínima aportación a la venganza de género. No es tan malo dar calabazas y seguro que en ese gesto, aunque sea único, estarás vengando a una desconocida. No siempre se lo merecen en particular, pero sí en general.

¿Cómo damos calabazas las mujeres?

La fórmula más directa tiene su propio disparo de salida: gesto serio, mirada esquiva y voz grave. ¿*Podemos hablar un momento?* Los hombres de la muestra aseguran que todo hombre contemporáneo está preparado para entender el verdadero significado de la invitación. It's over. Decir ¿*Podemos hablar un momento?* es, por tanto, una manera de preparar, de inducir, de acolchar y amortiguar el golpe. Es condescendiente y es guay.

(O sea, que no).

La segunda fórmula es: me voy por donde he venido o desaparecer. Desaparecer es doloroso, duro e inolvidable y suma a toda la tragedia cargar al abandonado con el sambenito de un *Quién sabe dónde* permanente. Si se puede evitar, es mejor dar la cara.

Y la tercera fórmula entre las miles que hay, aunque estas tres son las más conocidas, es la de *No sé qué me pasa* unida al temible *Necesito tiempo*. Los hombres de la consulta lo tienen claro: siempre sabemos lo que nos pasa y el tiempo que necesitamos es tiempo para huir.

No hay que sentirse una bruja por haber roto mal, bien o desastrosamente, porque romper cosas es mejor

que conservarlas y despreciarlas. Los hombres son menos de romper porque ¿para qué? Total, es mejor mentir y dar el salto sin dolor. Caer en otro colchón siempre es caer en blando.

Uno de los hombres de la muestra dice: *¿Hombres fieles? Gente rara con mucho mundo interior.*

Ja.

Sólo se ríen ellos.

La ruptura se ha producido de nuevo. Ya no queda demasiado de qué hablar y sobre todo parece inútil hacerlo. Hombres y mujeres no se entienden mejor que antes y la ausencia de códigos hace de su conversación un diálogo entre oriente y occidente.

Pagamos a pachas.

Al final uno de los tres hombres, el que parecía tímido, espera en la puerta. Está nervioso. No sabe cómo empezar. *El otro día estaba con unos amigos de fiesta y, de repente, uno nos invitó a ir al Húmedo Galaxy de la carretera de Burgos. Yo no quería ir pero fuimos. Acabamos en una pequeña sala con tres chicas. Él pagó 250 euros. Sólo por estar. Nos tomamos unas copas y nos fuimos. De vuelta, otra media hora de carretera. Se nos bajó el pedo.*

Silencio. Miradas. Tres segundos. Banderines equivocados.

Lecciones a la papelera. Distancia. Luz día. Hombre y mujer. Babel.

¿Tú hacia dónde vas?

¿Y tú?

Yo subo.

Pues yo bajo.

Otra vez silencio.

*Entra y termina de escuchar a la camarera. Era maja
y, aunque no te has dado cuenta, te miraba.*